

# NUESTROS PROPÓSITOS

APARECE hoy el primer número de esta publicación, y parecerá natural que expresemos en breves y sinceras palabras cuáles son los fines y propósitos que, con la ayuda de Dios y el esfuerzo de los amantes de las glorias pretéritas y actuales de Navarra, nos proponemos desenvolver.

No es este el primer número de una Revista más. Lo que ofrecemos a la amorosa curiosidad de los navarros y de los buenos españoles es el órgano oficial de una institución cultural que la Diputación Foral y Provincial de Navarra crea para honra de nuestro pasado glorioso, para conservación de los monumentos que nos le conmemoran, para cultivo de nuestras Bellas Artes, para convivencia, en fin, con todo el tesoro espiritual y sentimental que pueblo de tan alta estirpe como el nuestro ha de conservar y exaltar si quiere enfrentar designios nobles de perpetuidad en sus singulares características.

En Navarra como en todas partes, y más acusadamente en estos últimos años, traidores a nuestra tradición, hubo desidia y dejadez en relación con este inestimable patrimonio, y a nadie obliga su revalorización como a la Diputación Foral, genuina representación de nuestro pueblo, continuadora, en lo posible, de sus antiguos poderes soberanos, guía segura del espíritu navarro. A ella correspondía el remedio de tan sentida necesidad y ella se propone emprenderlo con esta Institución «PRINCIPE DE VIANA» al que pretende vincular a cuantos se interesen en el propósito.

Navarra, como corresponde a su pasado de Reino fundacional, en ocasiones, de la nacionalidad hispana, y en ocasiones también integrador de las grandes empresas unitarias de la espiritualidad española, cuenta en

monumentos, en arte y en historia así una riqueza representativa tal vez inigualada en los diferentes Reinos formativos de nuestra España. Entre los reducidos límites que señalan nuestras antiguas fronteras encuéntrase testimonios evidentes de una grandeza inmensa. Así, en las ruinas emotivas y adorables del Palacio de Olite cabe a la imaginación alcanzar toda la intensidad del esplendor de nuestra corte cuando alumbraron ya sobre Navarra las luces del Renacimiento; en la Oliva, en Leire y en Iranzu, focos de civilización y de cultura puede evocarse la compenetración de la Monarquía con la Iglesia en una acción fecunda de eficacia constructiva: Ujué, basílica y fortaleza, tan preferida del más arriscado y aventurero de nuestros monarcas, y Eunate—evocación de Cruzados y Templarios—nos hablan muy fuerte del espíritu expansivo y guerrero de la raza; el románico, estilo el más señalado y extendido en los monumentos medioevales de Navarra, es como una ejecutoria en piedra de nuestra estirpe religiosa y guerrera, así como el gótico, que le sustituye en el XIV y el XV, con marcada influencia ultrapirenaica, denota la incorporación del Reino al ritmo y variantes de las culturas en boga. Quien con percepción artística recorra las merindades navarras advertirá con emoción y en reducido espacio un caudal arqueológico insuperable en interés y evocación. Los ultrajes del tiempo han marcado, naturalmente, su huella en este tesoro, y las inclemencias del abandono han hecho que muchos de esos monumentos sufran estragos irreparables, pero mucho cabe hacer por su conservación y mejora.

No son solo los monumentos lo que precisa restaurar. Son también los estudios históricos, de historia tan sugestiva como la nuestra, lo que precisa una restauración fundamental y una divulgación popular.

En este punto no fueron los navarros muy aficionados a narrar los hechos heroicos que con más facilidad realizaron. Durante los siglos medios faltaron en Navarra cronistas próximos a la iniciación reconquistadora.

Mientras en Asturias, en Castilla y en León se mueven las plumas casi a la vez que las armas y ya en los siglos décimo y undécimo el monje de Albelda, el Obispo Don Sebastián de Salamanca y el Silense recogían en cronicones prolijos las tradiciones orales inmediatas, precisa en Navarra descender hasta finalizar el XIII y aun promediar el XIV para encontrar en la oscura crónica del escritor anónimo del tiempo de Teobaldo II y en las no mucho más claras del Obispo de Bayona, Don García de Eugui, y del tesorero López de Roncesvalles, los primeros balbuceos de nuestra historia.

Por esta época quiebra la primitiva monarquía Pirenaica, la línea varonil del Arista, con la muerte, sin sucesión *agnada*, de Sancho el Fuerte héroe de hazañosa existencia, propia de la leyenda y de la trova. **Tanto la**

dinastía de Champagne como la de Evreux, que se suceden sin interrupción en un sentido y tendencia de expansión, cambian la fisonomía del Reino, canalizando sus esfuerzos en empresas internacionales. Hasta entonces Navarra había tenido una vida nacional, dentro de la alta unidad espiritual española que marcaba la Reconquista, en la que, aun terminada para nuestro Reino, colaboraba con los otros Estados que mantenían la secular cruzada. Las Casas francesas, que incorporaron dominios ultrapirenaicos, asomaron a Navarra a lo internacional, no sólo en andanzas guerreras, sino con influencias culturales y legislativas, artísticas y de organización social. Por eso son los historiadores franceses los que antes sistematizan nuestros anales. Las cruzadas de los Teobaldos; las andanzas de Carlos II en Francia, alterada y conmovida por sus pretensiones al ducado de Borgoña y los Estados de la Casa de Champagne; la incomparable gesta de los *Tardevenidos*, medio soldados, medio bandoleros, que hicieron precisa hasta la predicación de una cruzada contra ellos, para acabar por ser solicitados como aliados de los ejércitos pontificios, en lucha, por entonces, con los del Duque de Milán; las románticas expediciones a Oriente del Infante Don Luis de Evreux, que sustituye la dominación angerina y catalana por la de los navarros en Grecia, conservando durante más de cincuenta años la hegemonía en aquellas aguas inmortales y en aquellos territorios, símbolos de inmortal belleza, era natural que fueran objeto de consignación y estudio para los historiadores extranjeros.

Los finales de estas dinastías y con ellas de la Monarquía navarra, que aun cuando no perdió su carácter de Reino propio e independiente, pasó en unión personal a la corona de Castilla formando parte del imperio español, fueron de tan azaroso y turbulento desenvolvimiento que dejaron poco margen al cultivo de las letras. Incorporada Navarra con pleno corazón a las empresas imperiales de los Austrias, fueron notorios y muy señalados los concursos de sus hijos a la expansión española por toda Europa y a la obra conquistadora y colonizadora de América. Y más aún se sella esta identificación nacional al advenimiento de la Casa de Borbón, tan ardientemente propugnada por Navarra en la guerra de sucesión, como era natural dada la legitimidad sucesoria de los monarcas primitivos que esta dinastía representaba.

Fué entonces cuando dos jesuitas insignes, los Padres Moret y Alesón, sistematizaron en el siglo XVII los Anales de Navarra. La obra de Moret, superior, sin duda, en investigación, en crítica y en estilo, a sus similares de Mariana y Zurita, vino a ser cantera inagotable, que aún no ha sido explotada debidamente por más modernos historiadores. De estos Ana-

les, tan clásicos, eruditos y metodizados, bien se siente la necesidad de divulgarlos en una reedición popular, al alcance de todos.

Hablando de historiadores navarros, no es posible dejar de hacer consignación especial de un grupo de tudelanos que avanzado ya el siglo XVIII formaron escuela y nos legaron investigaciones muy estimables. Me refiero al esfuerzo cultural de los fundadores de la Sociedad de Amigos del País, *deseosos del bien público* que, muy a estilo de la época, propugnaron el progreso a la manera de Jovellanos, Floridablanca y otros próceres ilustrados. Tal, el gran archivero Juan Antonio Fernández, el marqués de San Adrián y un poco después el formidable investigador Yanguas y Miranda, a quien tanto deben nuestros estudios históricos.

Las discordias civiles que desde la iniciación del siglo XIX se acusan y singularizan en Navarra con intensidad inigualada paralizaron estos esfuerzos. Fué ya en el último tercio décimonono cuando otra pléyade de navarros inolvidables iniciaron un renacimiento literario brillante: Iturralde y Suit, Gaztelu, Ansoleaga y, sobre todo, el gran maestro Campión, honor, a este respecto, del solar navarro, a quien la buena literatura y la investigación histórica han de rendir homenaje imperecedero.

Quiere decir todo esto que cuenta Navarra, además de sus manifestaciones artísticas, con una tradición literaria e investigadora de elevada estirpe y buena formación. A proseguirla, a fomentar la buena trayectoria, viene la *Institución Príncipe de Viana* bajo el patrocinio de la Diputación Foral. Como hemos dicho al comienzo de estas líneas, con la ayuda de Dios y el esfuerzo de los buenos navarros. En momentos como los presentes, ganosos de rectificaciones salvadoras, todos hemos de comprender que pueblo que desconozca su historia y no cuide con amor los testimonios de su pasado, mal puede enfocar el porvenir por el cauce se-

EL CONDE DE RODEZNO.